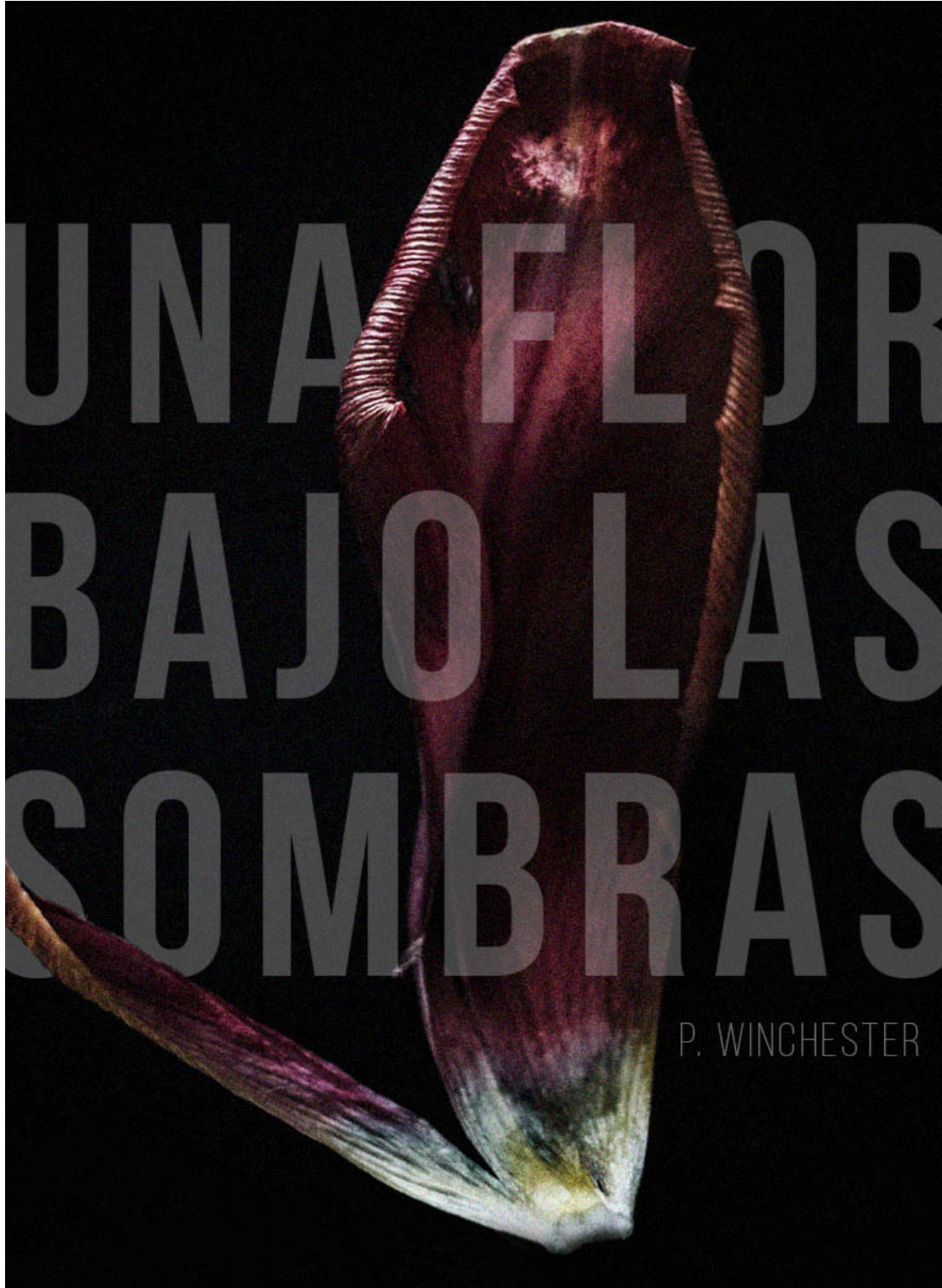


# Una flor bajo las sombras

P. Winchester



# Capítulo 1

Si tienes alguna cosa que decir y no la dices con el exacto y preciso lenguaje con que tiene que ser dicha, pues de alguna manera no la dices. O la dices mal.

Julio Cortázar.

## Capítulo 2

### **Prefacio**

Muy bien. Creo que no lo he dicho bien. Intentemos otra vez. No trato de decir que todo estuvo mal. Si, así lo sentí. Pero no por eso debería terminar así. No estoy acá para victimizarme bajo los efectos devastadores de lo que me tocó vivir. Primero porque no puedo dejar de estar convencida que todo fue un gran acto de pura casualidad. No creo poseer ninguna cualidad espiritual ni menos paranormal que sea capaz de canalizar en mí las malas situaciones por las que me vi afectada. Y más y más lo pienso, lo mío ya no importa. No vine aquí planeando venganza, jamás podrán quitar de mí ser las heridas que se han creado. Porque esa soy yo, la juzgada, la burlada, la abusada. Todas esas siguen siendo yo. Es inherente a mí, habita en mí. Quizás tempranamente a lo que pudo luego ocurrir en mí. La verdad es que nunca dejará de suceder. No podremos evitarlo. Mi mensaje no podrá llegar a todos lados, nuestras voces no podrán imponerse frente a las terribles montañas. Nuestras voces gritan alto en este silencio avasallante, y debo aceptarlo, puede que esto no llegue a ningún lado.

## Capítulo 3

9 de Septiembre de 2000

Querido diario,

*No puedo superar la situación de que mis piernas crezcan más rápido que mis pantaloncitos. O quizás sea el pudor de saber que mi madre no puede comprarme (o no está interesada en hacerlo) un par nuevo, uno que se ajuste a la excesiva necesidad de mi cuerpo de seguir creciendo. Pero es lo que debería hacer, crecer. Después de todo tengo 10 años. ¿Cuándo creceré sino? Aun así me molesta. Me molesta tanto que empieza a ocupar un lugar especial en mis pensamientos, un lugar cotidiano.*

*Junto a este sector especial de mi cabeza se encuentran todas las frases que ella siempre me dice. Puras excusas, no me creo ninguna. Ninguna me quita la sensación de sentirme miserable. También hay una que otra frase de mi hermana, en especial la que más le gusta decirme. La de que soy una gorda grandota, para nada pequeña, delgada y delicada, como si lo es ella a pesar de ser mayor que yo. La verdad que nunca antes me lo había puesto a pensar, pero, ahora que lo sé; no puedo evitar recordarlo cada mañana al vestirme. La culpable soy yo: crezco demasiado de prisa. A mis manitos se le han perdido los nudillos y mis piernas carecen de rodillas, en su lugar hay dos grandes pelotas de las que usamos en las clases de educación física.*

*Esa es otra cosa que no me gusta. A las niñas no les gusta elegirme para jugar en su equipo. Corro lento, o usualmente ni siquiera lo intento. Es que me duele muy seguido el estómago. Mamá me dice que solo es cuando estoy indispuesta. Yo no sé qué significa eso, y tampoco me importa mucho buscarlo en el diccionario. Lo que si me entere, y es que mamá anda contándolo por teléfono a todas las mujeres de la familia (algo que me produce una profunda vergüenza) es que es algo muy triste que me está pasando. Al parecer, no es algo que debería estar sucediéndome, no aún todavía. Y no puedo hablarlo con nadie, porque ni mi hermana no ha experimentado. Detesto hacerme mujer, lo que sea que eso signifique. Para mí no tiene sentido alguno.*

## Capítulo 4

23 de Diciembre de 2000

Querido diario,

*Barbarita se accidentó al andar en bicicleta. Se armó un revuelo interesante porque eso causo que se haga señorita. O así comento escandalosa su madre a la mía. Estoy emocionada de solo pensar que voy a tener una compañera de pubertad. ¡Si, la pubertad! Porque lo estuve investigando. Mamá trajo un libro que tiene unos dibujos espantosos de lo que todavía está por llegar. Barbarita ya lo sabe, porque el libro era de ella. O de la hermana, eso no lo sé. De seguro es de su hermana, Verónica. Porque Verónica es dos años más grande que su hermana, y que yo.*

*Verónica tiene los mismos años que mi hermana. Ellas son las amigas, no yo y Barbarita. Nosotras dos jugamos porque le queda más cómodo a mi mamá cuando tiene que hacer algún mandado que no nos quiere llevar. Y lo usual es que no nos quiera llevar.*

*Barbarita en general no me trata mal. Siempre y cuando no juguemos a las Barbies. Porque cuando eso pasa, a mí me toca ser el ken. ¿A quién le gusta ser el ken? Todas queremos jugar a que nos quieran. Otras veces está de buen humor y me deja elegir una Barbie a mí. Pero tiene que ser de las viejas, las del pelo enredado. Yo me emociono por elegirle un lindo vestidito, en casa no tenemos Barbies. Son muy caras. Barbarita tampoco tiene tanta plata, pero la madre trabaja y la mía no. Además su abuela le teje ropitas. Lo malo es que son muy grandes, y cada dos por tres la pobre Barbie se queda en tetas. Es que Barbie es muy flaquita. A Barbarita también le dicen Barbie. Es re lindo porque ella tiene nombre de muñeca. El mío es Laura. Y nadie se preocupa por acortarlo. Me dicen Laura y ya está. A mí no me gusta, no suena a muñeca.*

*Al final Barbarita no se hizo señorita, solo se golpeó en lo más íntimo. En palabras de su madre. La preocupación ahora es, por lo que he podido escuchar sin que mi mama y la suya se dieran cuenta, si ese golpe le habrá quitado la virginidad. Mi pregunta es para que servirá no perder esa virginidad. No le quiero preguntar a mamá, porque esas cosas ya me di cuenta que la ponen muy nerviosa.*

## Capítulo 5

19 de Febrero de 2001

Querido diario,

*En una punta estoy yo y, al final del pasillo, el temor de Dios. Las santas vestiduras del padre, los monaguillos, las figuras de yeso de los santos... Y yo que sé que es todo eso. Cuando empecé a los ocho el catecismo cada domingo a la mañana después de misa, la emoción de toda chica era elegir su vestido de Primera Comunión. También estaban los zapatos, el lazo en el cabello y, las más atrevidas, incluso llevarían un poco de brillo en los labios. Ya lo había vivido con Ariadna, mi hermana. Fue una tarde que viajamos demasiado lejos, y mamá se perdió tocando timbre en todas las casas. Lo que a mí me parecía horroroso, a mamá le salía de las venas. Si pudiéramos cortarla al medio, a mamá no le brotaba sangre; le brotaba encanto. Y a mí que me golpeen varias veces contra el suelo, no podías despegar ni una sonrisa por fuera. Lo peor no era eso, lo peor era que Ariadna era tan encantadora como su madre. ¡Como mi madre! Esa tarde la pasamos entre percheros, gastándose los dedos, con las puntitas de los pies erguidas y envueltas en la crujiente melodía de los protectores plásticos de cada vestido. ¿Cuántos se habrá probado? ¡No sé! Para mí fueron cientos, pero en la realidad supongo que mamá no hubiese aceptado un máximo de diez. No íbamos a pasarnos el día entero ahí dentro. ¿Y cuántos me probé yo? Ninguno. Pero mamá me consoló que ya volveríamos cuando me tocara mi turno, en unos años. Ahora el gran evento pertenecía a mi hermana.*

*No quiero ser repetitiva, pero años después, mis piernas otra vez estaban ahí, atormentándome. Tengo un gran problema con mis tobillos, ellos no quisieron nunca permanecer ocultos. Siempre han querido destacar, con gran empeño se han acostumbrado a sobresalir de todas mis prendas. Otra vez estaban ahí, luciendo mis medicitas impolutas, que no habían podido ser ocultadas por la puntilla que mi madre había colocado al final del vestido. Es que ese vestido no era para mí, era demasiado pequeño para mí. Ese vestido era de mi hermana, la delgada. Y yo no podía sentirme más culpable de crecer como un caballo. Me consuela saber que he podido elegir mis zapatos, y que ellos al menos podrán ser vistos por todos. Pero no estoy del todo convencida. A mamá no le gustó la idea de los tacones, y se la ha rebuscado para encontrar el par perfecto (no, ya no es mi par favorito, solo es el que me he resignado a escoger) para la ocasión. Algo bastante difícil de lograr siendo que calzo como una joven mujer, y a mamá no le ha parecido adecuada las opciones que entraban dentro de ese rango. Y si alguien se pierde de ver mis zapatos, ¡pues que miren mis orejas! A mamá le hizo mucha ilusión un broche que ha venido guardando, se lo ha imaginado con un tocado perfecto en mi corto cabello. De seguro era una imagen bellísima, pero mis orejas nunca*



*encajaran en ese panorama. Pero he sobrevivido, ahora solo me falta un año más de catecismo y me habré confirmado.*

## Capítulo 6

15 de Diciembre de 2002

Querido diario,

*Barbarita se fue primero. Claro que, para esa época mi hermana ya se había ido. Mi ilusión era seguir a mi grupo, como toda chica quiere. El que me había salvado de mis largos recreos vagando sola. Mi caballería, las ultimas de la fila, las primeras en lucir las curvas femeninas.*

*Toda chica en el inicio de su maduración sexual, corren con el fantasma del terror detrás: las manchas del periodo. Y todo lo relacionado. Las piscinas en verano, los pantaloncitos claros, los impredecibles días que te tocara en el mes. Y yo por fin había encontrado al equipo para batallar, cuando todas esas otras seguían siendo semillas germinando. A los niños le gustan las niñas, pero nosotras no éramos niñas, no gustábamos a los demás. Igual, nos teníamos una a la otra. Para ese entonces todavía creía en la amistad. Y en las delgadas líneas que las dividen.*

*Pero mama tenía otros planes, los planes de mi hermana. Había un lugar reservado para mí en San Antonio. Hermoso edificio con vista al mar. No, mi ciudad no está frente al mar. Vivimos frente a un ancho río de aguas color barro. Y como a mí siempre me pareció bien vivir cerca del mar, voy a imaginar que esta historia tuvo lugar en una ciudad frente al mar. O a imaginar que nunca realmente sucedió.*

15 de Marzo de 2003

Querido diario,

*Así me encontré yo, en una escuela nueva (en mi nueva ciudad imaginaria frente al mar), creyendo en la amistad, en mi antiguo hábito de caminar en soledad. Sospecho que tengo la maldición de caminar en senderos que otros han labrado para sí mismos. No dejes que los demás hagan cosas por vos. Sin el correcto seguimiento de las actividades relacionadas a tu mera y única persona, si no es controlado de manera directa y desde cerca, se corre el riesgo de encontrarse en el futuro en un lugar del que no reconoceremos ser parte.*



## Capítulo 7

1

Le decían la chica emo. La chica rara, la weirdo. Ponían el nombre que quisieran ponerle. Les llamaba la atención su corte de pelo, el barniz de sus uñas, su estúpida pollera con el dobladillo inflado. Les divertía sus medias estiradas hasta la altura de sus rodillas, su campera de fleece a estrenar, la mochila de Nirvana apoyada en su hombro izquierdo. No tenían nada para compararle de esas niñas bellas del conjunto.

Se llamaba Laura. A Laura nadie la saludo. Ella tampoco saludo. Se acomodó al final de la fila, quedando como una ridícula frente a las chicas más altas de la hilera. Guardo el ipod en el bolsillo, del que todavía sonaba la estrepitosa música desde sus auriculares que le colgaban del cuello. Escucho las oraciones, la orden de ingresar a los salones y el cuchilleo de mucha gente desordenándose. Esa semana se resumió prácticamente en lo mismo todos los días.

Se pasó una semana vagando por los pasillos en compañía de nadie, siendo estudiada por las demás niñas, que la diseccionaban con la mirada. Era la única niña nueva del curso, y eso le aplicaba una gran presión a su cabeza. Se trataba de un grupo que había permanecido unido durante toda su infancia, y ahí estaba ella, como una intrusa en el pozo de otros sapos.

El reclutamiento comenzó la segunda semana, para su propio alivio. Estaba un poco cansada de las miradas, de que nadie le dirigiera la palabra. Nunca había tenido el don de lidiar con la gente, los seres humanos le producían un achicharramiento de la mente. Era un globo desinflado cuando se trataba de comunicarse con la gente.

La niña alfa se le acercó esa tarde, con su sonrisita chispeante. Todo de ella olía tremendamente bien. Su pelo dorado brillando al sol, su uniforme bien planchado. Hasta su voz tenía el perfume de una dulce flor. A Laura le gustó tanto. Ese carisma le hacía las cosas tan fáciles, llenando los espacios, ocupando con risas las pausas. Dialogar con ella era un arte, su arte. Y Laura podía quedarse tranquila, esperando los lugares que le tocaba contestar.

— Vení, ¿cómo es tu nombre? — un Laura por lo bajo fue la respuesta — Lau, vení a sentarte conmigo. Te las presento, ella es Mía y Eva. Yo soy Mariela.

“Le faltó decir la reina de esta escuela”, pensó Laura, y poso la mirada en las otras dos niñas. Eva tenía el aspecto de tener un temperamento de aquellas personas que se muerden las uñas. Mía era detestable con solo

mirarla. Vestía su pollera corta y pegada al cuerpo. Parecía ser la cabeza del clan.

Laura nunca entró al clan. Lo vio vivir. Moverse. Actuar. Expandirse. Pero no formó parte. Para ser parte necesitabas requisitos que la excluían por completo. Aun así fue muy popular en el. En el buen y en el mal sentido. Popularidad, era unas de las barreras de ingreso. Y una consecuencia de ser parte, también. Otro requisito era la antigüedad. Debían de ser unos diez o más, porque ella se encontraba en los seis años cuando fue escupida por completo. Además del clan, había algunos grupos paralelos. Uno de esos era las madres del curso, por fuera de las barreras de la escuela.

Ir a misa era una de las reglas elementales. Tenías que ir y tenías que hacerte ver también. Y si eras parte del coro, mejor. Ese era un clan especial, las chicas de la iglesia. Las misioneras, las que la puta va por dentro y tiremos la piedra primero. Lástima que Laura se haya confundido con una amiga dentro de esas. Alfonsina. De esas que sin pecado confirmado, no hay pecador. De las que chupan pitos para conservar la castidad. La primera en comulgar.

\*\*\*

Los pasillos son esas conexiones donde nos trasladamos de lado a lado. No suelen ser los lugares donde pasan las mejores cosas, lo tangible pasa donde más tiempo nos quedamos, la mayor parte del tiempo. Pero en los pasillos los rumores corren más rápido, traspasan los diferentes grupos humanos que caminan entre ellos. Es que son eso, conexiones humanas.

En San Antonio predominaban los pasillos, los de material y ladrillo. Y los humanos. También los humanos. La escuela era una gran galería vidriada. Porque si nos poníamos a pensar, desde el punto de vista de nosotros, los que vivíamos el día ahí dentro, los salones no tenían ventanas. Los pasillos las tenían. Porque lo interesante pasaba afuera. Y lo tangible, lo importante, para los que, en cambio, iban a trabajar; pasaba, obviamente, adentro. Es que íbamos a estudiar, no a pavear. No nos olvidemos de eso. A aprender y aprehender a ser mejores personas. No era el caso de San Antonio. En San Antonio aprendías que eras persona. Porque te dolía. Entonces decías, ¡claro, me duele porque soy persona! Para aprender a ser buena persona te tenías que ir a otro lado. Porque ahí no lo enseñaban.

Todos amábamos a San Antonio. Y a sus fachadas coloniales en su enojado anaranjado. La iglesia era tan bella que los novios se desesperaban por jurar sus promesas ahí dentro. El complejo —iglesia, primaria y secundaria— tenía gran reputación. Y su comunidad era el infierno más grande cerca de mi casa. Pero para el resto, la presencia del señor entre nosotros. ¿Te lo tengo que explicar? Las comunidades

religiosas son así. Nadie lo quiere decir. Pero te cepillan el cerebro, para que creas que entre nosotros no pasa nada. Y vos confías. Y les crees. Porque se supone que están ahí para cuidarte y enseñarte.

Amemos al prójimo.

Cuando vivís toda tu vida institucionalizada con el dogma del señor, no notas nada. Puede que tu vida pase sin sentido alguno a lo que digo. En lugares como estos —y no digo que sea la regla general—, la estampita en el bolsillo y el rosario al cuello son sinónimos de religiosidad.

Dicen que los demonios se retuercen con agua bendita. Yo he visto muchos regocijarse sin la más mínima mueca.

Esta es mi historia, pero prefiero contarla como si no me hubiese pasado. Como si me la hubiesen contado, de pasada, por algún pasillo de la escuela. Cuando pienso en Laura, ya no pienso en mí como esa Laura. Cuando pienso en mí, no veo adentro a esa Laura. Ya no vive conmigo. No soy la misma Laura sentada en ese banco, diez años atrás.

## Capítulo 8

11 de Julio de 2003

Querido diario,

*Creo me he enamorado. Digo creo porque no tengo forma de explicar, ni comparación a los sentimientos que estoy hoy sintiendo. Nos conocimos la otra noche en la matiné. La que fui con mis nuevas amigas, las que mamá detesta porque no le parece que hagan las cosas que una nena de nuestra edad debería estar haciendo. Yo no me siento una nena. Hace rato que deje de ser nena. No estoy segura de llamarme mujer, pero no me veo que encaje en el mundo color melocotón en el que las niñas que si le gustan a mi mamá están.*

*En San Antonio hay tres formas de ser: ser parte del clan, ser desertora del clan y/o, ser capaz de engañar al clan.*

*Las primeras son las chicas del coro, las del color del mundo rosado y, en minoría, las del espíritu puro. Yo no tengo amigas en el coro, ni estoy segura de que colores ven su mundo esas chicas. Pero si tengo algunas con ingenuos y tiernos corazones. No son verdaderamente parte del clan, pero logran mimetizarse sin ser relevantes prácticamente para nadie. Ocupan los primeros bancos del aula, cumplen sus tareas y no se las ve rindiendo materias en el verano. Yo siempre me considere de esa clase, o al menos así lo era en la otra escuela. Yo no sé cuáles son las reglas en esta nueva escuela, y por lo que me vengo dando cuenta, en nada se parecen a las que venía estando cumpliendo.*

*Las niñas que engañan al clan han estado toda su vida metidas en el. No se logra ese arte tan rápido. Se requiere de gran experiencia y, por lo general la han heredado de hermanas mayores. Pareciera que en otros cursos las cosas no se rigen por las mismas normas. Al menos me da esperanza, puede que unos años ya nadie se dé cuenta de las reglas que he quebrado.*

## Capítulo 9

2

Cuando Laura probó el sabor del primer beso, ya se había alejado bastante de esas chicas del clan. Eso había sido solo un puente, los primeros meses. Un puente que no le quedó otra que traspasar, y aguantar. Las palmaditas de profesores, la simpatía de los preceptores. La reputación idealizada de la gente le daba asco. En San Antonio la competencia era tan agresiva, y ella no estaba para boludeces. "Son unas farsantes muñequitas de torta", le dijo un día a su compañera de enfrente. Y rieron. Y de una risa a una charla, de una charla a reuniones y de reunirse a "Te presento a...". Y el puente se habría quebrado, ya podía elegir con quien sentarse, no tenía que conformarse con quien le dirigiera la palabra ese día.

Ellas eran desertoras, unas rebeldes. Amaia era la cabecilla del grupo, y sus secuaces Gloria y María, las que ultimaban los detalles en cada travesura. En sus planes había desde picardías como fumar en el baño a escondidas, hasta probar sexo oral con desconocidos. Para Laura estar con ellas era pasarse el día con los ojos bien abiertos, colorados de mirar con emoción. No había nada a que temerle, no había posibles imposibles estando con ellas. Lástima que lo que le parece asombroso a una joven niña, siempre resulta ser el temor menos deseado para los padres.